

Bicentenario de la jerarquía en los Estados Unidos

Thomas Bennett

Introducción

DENTRO del marco de los numerosos aniversarios conmemorados en 1989 —la Revolución Francesa, la adopción de la Constitución de los Estados Unidos, y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial— encontramos el del Bicentenario del establecimiento de la Jerarquía en los Estados Unidos. Una Iglesia universal, vieja por años pero siempre nueva y joven por el vigor y fuerza del espíritu en la transmisión de su vida y de La Vida, puso, hace 200 años, raíces estables en esta nación balbuciente.

En esta breve nota pretendo, en primer lugar, recorrer un poco la historia de este evento: la situación previa, el hecho y el hombre, y luego, en un segundo momento anunciar el modo en que se ha celebrado el bicentenario.

I. Historia

El 6 de noviembre de 1789 el Papa Pío VI firmó la Bula *Ex Hac Apostolicae* nombrando al P. John Carroll como primer obispo de Baltimore y a su vez de los Estados Unidos. Con este hecho histórico se estableció la jerarquía de la Iglesia en este país.

A. La situación precedente

Desde luego, la vida cristiana y más específicamente católica, llevaba ya tiempo madurándose pero le faltaba esta característi-

ca indispensable: la unión con los sucesores de los apóstoles mediante el establecimiento de la jerarquía eclesiástica. Es un elemento "indispensable" justamente porque, como la Iglesia siempre ha creído, todo ministerio sacramental, toda enseñanza doctrinal y toda predicación del evangelio brota de la unidad de los obispos que suceden a los apóstoles. Sin embargo, suele ser la etapa final del desarrollo eclesiástico en una nación, pues indica que en este lugar la Iglesia ha llegado ya a una cierta estabilidad, madurez y promesa de crecimiento.

¿Qué unión había, entonces con el Cuerpo Místico de Cristo antes del establecimiento de la jerarquía en los Estados Unidos?

La primera unión se debe a la labor misionera de los Padres Jesuitas que, de modo informal, dieron alguna organización a esta Iglesia naciente mediante los superiores de la orden, cuyas facultades fueron aseguradas desde Roma mediante un privilegio especial concedido por el Papa Gregorio XIII en 1579. En segundo lugar, a los católicos que viven en colonias la Iglesia les precede mediante la jurisdicción de los obispos de la madre patria, en este caso Inglaterra. Dada la situación conflictiva de este país durante estos tiempos la responsabilidad sobre los católicos coloniales estaba en manos de los "vicarios apostólicos". Recordamos al obispo Richard Challoner, vicario apostólico de Londres. En 1763 "Propaganda Fide" pidió sugerencias del obispo Challoner sobre cómo la Santa Sede podría asistir a los católicos en estos territorios. Él recomendó el nombramiento de un obispo, pero su carta nunca llegó a Roma.

En 1771 la Santa Sede consultó de nuevo, pero esta vez al obispo de Quebec, Joseph Olivier Briand. Éste se dirigió a los misioneros jesuitas. El P. Ferdinand Farmer S.J. le avisó que los tiempos no estaban maduros para que nombrasen un obispo, dado que tal intervención de la Iglesia de Roma podría causar antipatías del gobierno para con la joven Iglesia. En la misma línea 256 americanos con Charles Carroll (primo de John Carroll) a la cabeza escribieron a Roma indicando lo mismo.

Las necesidades de la administración eclesial aumentaron, sin embargo, con la supresión de la orden de los jesuitas en 1773 por el Papa Clemente XIV y la independencia americana de 1776. La primera respuesta provisoria del problema fue el nombramiento del P. John Carroll como "superior de las misiones americanas" en 1784. En aquel momento había aproximadamente unos 25,000 católicos en los Estados Unidos. La mayoría se hallaba en Maryland y Pensilvania.

B. El hombre

John Carroll fue el tercero de siete hijos nacidos de Daniel Carroll y Eleanor Darnal en Maryland. Nació el 8 de enero de 1735. Quizá fue la familia más rica de las 13 colonias. El primo de John Carroll, Charles Carroll, fue el único católico que firmó la Declaración de Independencia. Los dos estudiaban juntos, primero en una escuela de los jesuitas en Maryland y luego, como era costumbre en las familias pudientes, en Europa. A los 13 años John Carroll partió para Francia y cinco años después entró en la Compañía de Jesús. Después de 16 años de formación en la Compañía, se ordenó sacerdote en 1769. Sólo cuatro años después recibió la noticia de la supresión de la orden por el Papa Clemente XIV. En 1774 regresó a su patria donde cumplió la misión sacerdotal durante 10 años antes de su nombramiento como superior de la misión de América. Eran tiempos difíciles para la Iglesia en los Estados Unidos y era evidente que tal situación exigía estructuras más sólidas.

El clero se juntó en Whitmarsh Md. en marzo de 1788 y mandaron un "memorial" al Papa Pío VI pidiendo el nombramiento de un obispo. A su vez pidieron que, si fuera posible, el Santo Padre mismo nombrara a un americano como obispo sometido directamente a la Santa Sede. También solicitaron el privilegio de poder nombrar un candidato. Cuatro meses después el Card. Antonelli de parte del Sumo Pontífice les mandó una respuesta positiva. Así sucedió, y el Papa firmó la carta apostólica de noviembre de 1789 en la cual erigió la diócesis de Baltimore con Carroll como primer obispo. La carta llegó en abril de 1790 y Carroll fue consagrado obispo el 15 de agosto, fiesta de la Asunción de María.

Durante los siguientes 26 años este gran obispo y apóstol de Cristo trazó un camino seguro y puso una fundación sólida de la comunidad católica irrevocablemente unida mediante su jerarquía, a la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica. Delineó las primeras leyes de gobierno de la vida de la Iglesia en la nueva nación. Organizó las diócesis de New York, Philadelphia, Boston y Kentucky. Estableció la disciplina eclesial. Fundó la primera universidad católica en América: Georgetown. Fue, luego, el primer arzobispo y marcó el paso para el crecimiento de la Iglesia en esa nación independiente. Murió en 1815.

II. Conmemoración

Con ocasión del bicentenario, más que las celebraciones externas, aun siendo especiales, se transparentó más bien la honda lu-

minosidad de los principios que fundan y guían la Iglesia Católica en los Estados Unidos y en el mundo entero. El pueblo norteamericano es bien conocido por su capacidad de espectáculo y "show": fuegos artificiales, danzas, etc. Por ello, a veces se ofusca su verdadero candor espiritual y su profundidad interior. Para festejar el evento, varias organizaciones católicas tuvieron sus reuniones en Baltimore a lo largo del año, por ejemplo: los "Knights of Columbus", la "Catholic Press Association", la "National Conference of Vocation Directors", la "National Council for Catholic Evangelization", etcétera.

La conmemoración principal del evento fue sin duda la reunión del 6-9 de noviembre de la "National Conference of Catholic Bishops", que se suele tener cada año en Washington, pero que se reunió este año en Baltimore para el aniversario. Se comenzó, en acción de gracias a Dios Nuestro Señor por estos 200 años, con la celebración de la Eucaristía, fuente de la unidad de la Iglesia universal.

Se vio bendecida la conferencia con la presencia del Card. Agostino Casaroli, que representó al Santo Padre. En su discurso, además de felicitar por las realizaciones conseguidas, lanzó un nuevo reto a los pastores y a todos los católicos de los Estados Unidos diciendo:

"Even more than the celebration of achievements accomplished so far (the bicentennial), must be a new point of departure."¹

Además, el Cardenal llevó consigo a la reunión el mensaje de su Santidad Juan Pablo II, con ocasión del bicentenario. En él el Papa recordó al obispo John Carroll e hizo ver cómo ciertos problemas de aquellos años con respecto a la moral, la justicia, el pluralismo religioso, ético y filosófico seguían también hoy como retos por conquistar y seguir para llevar a su perfección. En esta línea el Papa afirmó que:

"Catholics in the U.S. have played a significant role in upholding the moral principles of justice, freedom and respect for human dignity and rights which are essential for the common good, and without which a Nation cannot endure."²

¹ *Origins*, CNS documentary service, 24 (1989) p. 389.

² *Ibid.*, p. 394.

Resonaban en estas palabras del Papa aquellas otras del Papa Pío XII en la Carta Encíclica *Sertum Laetitiae* de 1939 (150 aniversario del establecimiento de la jerarquía en los Estados Unidos):

“The Father of His Country and the pioneer pastor of the Church... form a picture for their descendents, a lesson to all future generations, a proof that reverence for the faith of Christ is a holy and established principle of the American people, seeing that it is the foundation of morality and decency, consequently the source of prosperity and progress.”³

El orden del día de la reunión de los obispos consistía en varias cuestiones como: la resolución sobre el aborto, las nuevas elecciones del presidente y vicepresidente de la conferencia, soluciones para la cuestión del Sida, etcétera.

Respecto al aborto, los obispos reafirmaron sus convicciones sólidas de que la vida humana es sagrada y el aborto niega dos de los imperativos morales fundamentales, a saber, el respeto a la vida inocente y la preocupación preferencial por los débiles e indefensos. Insistían en la necesidad de educar, formar y animar a la gente respecto a estos derechos de la vida. Además de publicar sus proyectos, invitaron a todos a tener una actitud de oración y sacrificio para que la nación se pudiera ver libre de este trágico drama.

³ Pío XII, *Sertum Laetitiae*, 4.

Plan Global de Trabajo Pastoral 1989-1991

Conferencia del Episcopado Mexicano

Presentación

EL Plan Global de Trabajo Pastoral de la CEM, elaborado en la XXXI Asamblea Plenaria de abril de 1983, con algunas afinaciones, fue ratificado por la XXXVIII Asamblea de abril de 1986, como válido para el trienio 1986-1988. Después de seis años de vigencia, la Conferencia Episcopal consideró que debía ponerlo al día. La intención no fue hacer uno nuevo, pero sí actualizar el anterior, pues la realidad cambiante de México imponía un nuevo análisis y una nueva manera de afrontarla.

En su XLIII Asamblea Plenaria de noviembre de 1988, la CEM se dedicó a recibir la información de lo realizado durante el trienio 1986-1988 por sus 25 Comisiones y Departamentos Episcopales e hizo una evaluación del trabajo de cada uno de estos organismos. Teniendo presente esta información y evaluación, los Obispos nos abocamos a la tarea de actualizar nuestro Plan Global de Trabajo Pastoral para el trienio 1989-1991.

Ante todo, la XLII Asamblea Plenaria consideró necesario dar a este plan su justa significación y ubicación en la Iglesia de México. A diferencia de los planes anteriores, el presente no pretende ser un plan de la Iglesia en México. La CEM no es un superorganismo pastoral que dicta pautas de acción general en todo el país, sino un organismo de iluminación y servicio. Este es un plan que tiene su origen en la conciencia de la colegialidad episcopal; da principios y criterios de orden teológico, y señala líneas y criterios operacionales para el servicio que los organismos de la CEM ofrecen a las diócesis y regiones pastorales.